

«En tiempo, dice, en que la Iglesia era pobre, se imputa como un crimen á sus ministros haber vivido de limosnas; «cuando se la confiaron riquezas para ponerlas á salvo de «la rapacidad de los grandes, se les echa en cara haberlo «invadido todo. ¿Qué se necesitaria, pues, para satisfacer á «censores tan caprichosos? Engordarlos á costa de las igle- «sias, de los pobres, de los establecimientos de caridad; en- «tonces quizás nos prometerian creer en Dios (1).» No faltan hoy creyentes de este género.

§ IX.—*Paciencia.*

«Aguanta en el dolor, y ten paciencia en la humildad (2).» Hay hombres y aun pueblos y naciones á quienes abismando sus creencias religiosas en una apatía é inaccion profunda, abandonan sus destinos al capricho y á merced de causas naturales ó sobrenaturales. Á esto se ha dado el nombre de fatalismo.

La resignacion y la aquiescencia en los sucesos varios de la vida pueden ser practicadas lo mismo por el hombre incrédulo ó pagano que por el hombre cristiano. Aquellos abandonando su suerte á causas naturales y ciegas, ó sobrenaturales pero falsas, v. g., al capricho de los dioses mitológicos; tales eran los filósofos estóicos, cuya insensibilidad era, como dice san Agustin (3), *una verdadera inhumanidad*, y cuya moral es á todas luces insuficiente y defectuosa: este, entregándose absolutamente en manos de la Providencia, conformándose en todos los sucesos prósperos ó adversos de la vida con la voluntad del único y verdadero Dios: aquello se llama propiamente *fatalismo*, y esto *paciencia y conformidad con la voluntad divina*. San Cipriano las distingue perfectamente en su precioso libro *De bono patientiæ* (4), y Tertuliano nos traiza un cuadro completo y

(1) *Tratado histórico*, tomo 2, pág. 535.

(2) Eccl. II, 4. «In tribulatione patientes.» (Rom. XII).

(3) «Humanitatem potius amittunt, quam veram assequuntur tranquillitatem.» (*De civitate Dei*, lib. XIV, cap. 9).

(4) Núm. 1, 2, 3, etc. «Nam si sapiens ille est qui est humilis et mitis, philosophos autem nec humiles videmus esse nec mites, sed sibi multum placentes, et hoc ipso quod sibi placeant Deo displicentes. «apparet illic veram non esse patientiam ubi sit insolens affectatæ libertatis audacia, et exerti ac seminudi peccatoris inverecunda jactantia. «Nos autem, fratres dilectissimi, qui philosophi non verbis sed factis sumus, nec vestitu sapientiam, sed veritate præferimus, qui vir-

acabado de la verdadera paciencia, confundiendo al fatalismo ó paciencia gentilica, que llama *falsa y perniciosa*, atribuyendo su invencion al espíritu maligno (1).

El pagano Cecilio acusaba á los cristianos de profesar una especie de fatalismo que no acertaba á distinguir del fatalismo verdadero. «Si otros lo atribuyen al destino, decia aludiendo á los estóicos, vosotros lo atribuísteis todo á Dios (2).» Y Octavio, refutándole, combatia al fatalismo pagano diciendo: «Nadie se tranquilice poniendo sus crímenes bajo la «proteccion del destino (*): la fortuna no puede destruir la «libertad del hombre: es juzgado no por su suerte sino por «sus acciones: no hay mas destino que el que Dios ha hecho; y como todo lo preve, lo arregla todo segun los méritos de cada uno (3).»

La conformidad con la voluntad de Dios hace feliz al hombre aun en medio de sus mayores infortunios. Con efecto. El que en todo se conforma con la voluntad de Dios es justo; y el justo, en expresion de las sagradas Letras, «no se entrecerá por cosa que le acontezca (4).» Efectivamente, y veamos cómo lo corrobora la filosofía. El que no quiere mas que lo que Dios quiere, sabe que siendo Dios infinitamente bueno y misericordioso, no puede querer para él sino lo que le sea útil y ventajoso: está seguro que no querrá Dios nada que atañe á él que no vaya ordenado á su bien. En su

«tutum conscientiam magis quam jactantiam novimus, qui non loquimur magna, sed vivimus quasi servi et cultores Dei, patientiam quam magisteriis celestibus discimus obsequiis spiritalibus præbeamus. «Est enim nobis cum Deo virtus ista communis. Inde patientia incipit unde charitas ejus et dignitas caput sumit. Origo et magnitudo patientiæ Deo auctore procedit. Diligenda res homini quæ Deo chara est «bonum quod amat majestas divina commendat, etc.»

(1) «Hæc patientiæ ratio, hæc disciplina, hæc opera cœlestis et vera, «scilicet christiana, non ut illa patientia gentium terræ, falsa, probrosa. Nam, ut in isto quoque Domino diabolus æmuletur, quasi plane «ex pari nisi quod ipsa diversitas mali et boni æqualiter magnitudinis par «est, docuit et suos patientiam propriam, etc.» (*Libro de patientia*, capite 16).

(2) «Nam quidquid agimus ut alii fato, ita vos Deo addicitis.» (Minuc. Felic. *Octav.* cap. 11).

(*) Este es el fanatismo moral; el *fatum* en su forma mas horrible.

(3) «Nec de fato quisquam aut solatium captet, aut exactet eventum. «Sit sortis fortunæ, mens tamen libera est, et ideo actus hominis, non «dignitas judicatur. Quid enim aliud est fatum quam quod de unoquo- «que nostrum Deus fatum est? qui cum possit præscire materiam pro «meritis et qualitatibus singulorum, etiam fata determinat? Ita in nobis non genitura plectitur, sed ingenii natura punitur.» (*Ibid.* cap. 36).

(4) «Non contristabit justum quidquid ei acciderit.»

virtud, si Dios le envia trabajos y calamidades, como está bien persuadido de que al querer Dios enviárselos no intenta sino su bien, á que los ordena, no le afligen ni aterran (1), por el contrario se le tornan ligeros; mas, los apetece y desea, porque en su absoluta conformidad y en su firme persuasión de que nada querrá Dios que no vaya ordenado al bien, convierte las enfermedades en salud, en alegría la pena, y en dicha el infortunio (2). Por manera que la paciencia y la conformidad con la voluntad de Dios es el específico universal que dulcifica todas las amarguras y destierra todas las penas: así que todas las cosas alegres ó tristes, prósperas ó adversas redundan en bien del conformista cristiano. «Todas las cosas contribuyen al bien «de los que aman á Dios,» dice tambien la Escritura sagrada (3), y los que aman á Dios son precisamente aquellos que en todo se conforman con su divina voluntad.

Hasta la misma muerte y la muerte mas cruel y dolorosa no basta á abatir la paciencia del verdadero cristiano. ¿No vemos en el martirio la paciencia llevada al heroismo? «Todo esto, dice muy bien Bergier (4), todo esto se necesitaba para «convencer á sus perseguidores de la inutilidad de los suplicios para exterminar el Cristianismo, y para demostrar «á los paganos la superioridad de las máximas del Evangelio sobre la moral de los filósofos.»

Y ¿qué podrá hacer tampoco el hombre que mas le eleve y dignifique que conformar su voluntad con la de Dios? Ninguna absolutamente. El que quiere lo que Dios quiere, quiere lo bueno, porque lo bueno es lo que Dios quiere. El que quiere lo que Dios quiere, quiere noblemente, porque lo que Dios quiere, lo quiere por motivos nobles. El que quiere lo que Dios quiere, quiere infinitamente, digámoslo así, eterniza su voluntad, porque la voluntad de Dios es infinita, y con ella forma la suya una especie de union hipostática. Por último, y permítasenos decirlo, el que quiere lo que Dios quiere, hace suya la voluntad de Dios, es el mismo Dios en cuanto á esta potencia. Ninguna otra cosa puede enaltecer mas al hombre.

(1) «Non contristabit, etc.»

(2) «Convertisti planctum meum in gaudium mihi. (Palm. XXIX).»

(3) «Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.»

(4) *Diccionario de teología*, artículo *Ambrosio (San)*.

El Catolicismo nos recomienda á cada paso la paciencia, y en el profundo libro de Job delineó allá en su exordio un modelo sublime de esta virtud, modelo que con frecuencia nos presenta y trae á la memoria. Pero todavía es mayor el impulso que nos da hácia la paciencia con la fuerza de sus doctrinas. ¿Quién es aquel que hace dos años yace en el lecho inmóvil y lleno de dolores, sin haber salido de su boca ni pronunciado sus labios la mas mínima queja contra Dios, ni aun de enojo, de fastidio ni de impaciencia? ¿Quién es? Quien puede ser únicamente: un cristiano católico que cree con fundamento (y aun cuando esto que cree fuese un error, de todos modos resultaria que se equivocaba felizmente) que su paciencia es la fianza de la compra que hace de la dicha eterna con sus dolores temporales. Y ¿quién es aquel otro valeroso, que siendo calumniado, perseguido, encarcelado y aherrojado, reclina perfectamente tranquilo y pensativo su cabeza sobre el brazo que apoya en el duro suelo? Otro cristiano católico que está comparando el valor de sus padecimientos injustos con la corona inmortal á que aspira. «Sé justo y serás feliz,» ha dicho un célebre sofista (1) en un intervalo de franqueza.

Tenemos, pues, que todas las calamidades y contratiempos de esta vida mortal se estrellan contra la paciencia cristiana, sin que por ello haya dado el Cristianismo en el vicioso extremo de condenar como debilidad la piedad y la clemencia, como lo hacia la filosofía estóica que, como dice Bergier copiando á san Agustin, no era mas que una inhumanidad irreflexiva y reducida á principios (2). «Ten paciencia, y dominarás todas las calamidades,» dijo san Hermas (3).

Pero ¡ah! en el Protestantismo, en el cual no hay fe cierta, tampoco hay esperanza segura; y allí donde no hay esperanza segura, hay un inmenso foco de desesperacion. El mismo Grocio se asombraba de lo helado que habian dejado á los protestantes su corazon las doctrinas fatalistas. Á la verdad, del *fatum teológico* y del *siervo arbitrio* que vino predicando la Reforma no podia esperarse mucha actividad

(1) Rousseau, *Emilio*.

(2) *Diccionario de teología*, artículo *Moral*.

(3) «Æquanimis esto et patiens, et omnium operum nequissimorum «dominaberis, et operaberis omnem justitiam.» (Lib. II, Mandat. V, c. 1).

en el orden moral y espiritual. Bossuet probó á los protestantes que los estóicos no profesaron un fatalismo tan riguroso como el suyo.

Pero; ah! en el Filosofismo, en el cual no hay ninguna fe, tampoco hay ninguna esperanza, y allí donde no hay ninguna esperanza, está la desapiadacion misma con todos los horrores.

Por último; mas de lo que nosotros pudiéramos decir sobre esto en paralelo de doctrinas, dicen las estadísticas criminales de los países protestantes y sofistas en sus secciones de suicidios: ahí están, compárense con las de los países católicos.

Habiendo tratado de los pecados que nos hacen perder la gracia divina, naturalmente nos llaman los Sacramentos, por los cuales volvemos á recobrarla, por los cuales se nos perdonan todos los pecados, no borrándolos solamente ó declinando su responsabilidad, sino arrancándolos de raíz, y por los cuales, en fin, «ó comienza toda verdadera santidad, ó ya comenzada se aumenta, ó perdida se recobra (1).»

(1) Concilio Tridentino, sesion 7.^a

LIBRO IV.

CAPÍTULO I.

DE LOS SACRAMENTOS EN GENERAL (*).

Los Sacramentos son las medicinas del espíritu, medicinas especiales elaboradas en la vasta oficina del Cristianismo, para las necesidades urgentísimas del mismo espíritu. No se ocultó al Evangelio que la vida espiritual del hombre (1) necesitaba no menos que la vida corporal de algunos medicamentos que la confortasen, la alimentasen, la sanasen, etc., y como si desde su primera página hasta la última no fuese un poderoso confortativo, un nutritivo alimento y un constante conato de restauracion del hombre espiritual, no satisfecho aun con esto, le prepara y le da siete signos exteriores, sensibles, llenos de virtud y de gracia, siete hermosas instituciones «en que se contiene y se cifra todo «entero el conocimiento del hombre civil y moral (2).» Y, sin embargo, hombres hay tan ignorantes ó tan impíos, ó todo á la vez, que no ven en los Sacramentos otra cosa que un medio de dominacion de la Iglesia sobre el hombre, desde la cuna hasta mas allá del sepulcro, dado que, como dice Luis Blanc (3), «le persigue aun despues de los funerales en las «regiones eternamente ignoradas.»

De estos Sacramentos unos constituyen al hombre en cierto estado social, como el Orden y el del Matrimonio. Otros le regeneran, como el Bautismo; otros le justifican, como la Penitencia; otros le consagran, como la Comunión, etc., y to-

(*) No es necesario á nuestro propósito examinar la liturgia, disciplina, etc., ni la variedad y variacion de ellas. Quien quiera enterarse á fondo lea á Tomasino, Devoti, *Inst. canon.*, Chardon, *Historia de los Sacramentos*, Gaume, *Catecismo de perseverancia*, etc.

(1) Conc. Florent. in Decret. et Catech. rom. part. 2.

(2) Chateaubriand, *Genio del Cristianismo*, en los Sacramentos.

(3) *Historia de la revolucion Francesa*, tomo 1.